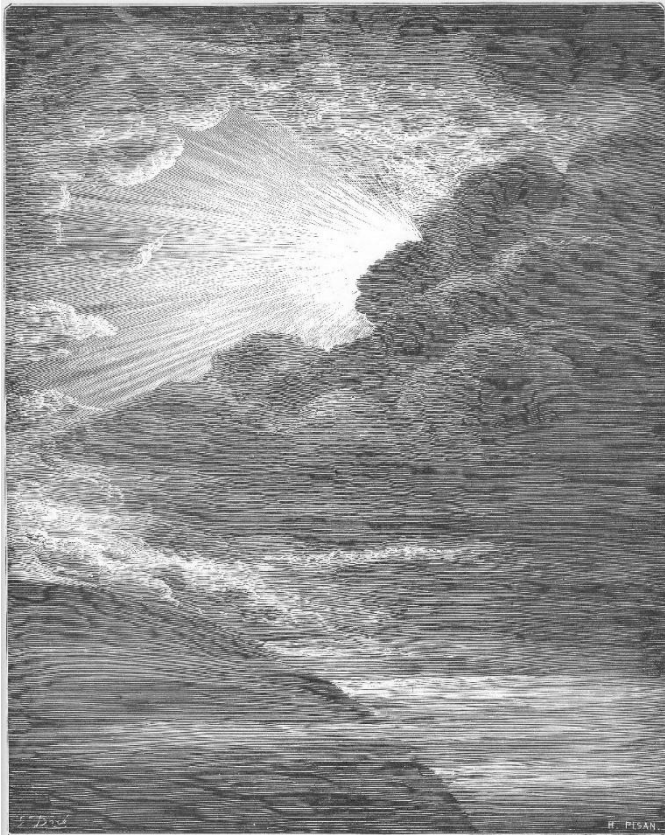


## Navidad II – “La luz brilla en las tinieblas”

Este segundo domingo de Navidad nos presenta nuevamente para la meditación el inicio o prólogo del Evangelio según San Juan, pero las restantes lecturas nos sugieren un punto de vista especial: el tema de la sabiduría. La sabiduría es un saber práctico, saber para vivir bien, realizarnos plenamente, alcanzar nuestra verdadera felicidad. En la Biblia es un concepto central: varios libros se dedican a ella (los libros llamados “sapienciales”) e incluso uno de ellos, uno de los últimos del Antiguo Testamento, se denomina, precisamente, Libro de la Sabiduría. Sin embargo, en nuestra cultura, es un concepto casi olvidado.

Todavía hoy hay quienes piensan que el relato de la Creación en siete días (Génesis 1) está en conflicto con la ciencia (por ejemplo, las teorías del Big Bang o de la evolución). Sin embargo, se trata de dos tipos de conocimiento diferentes, que responden a preguntas distintas. El relato bíblico se pregunta por el sentido de la realidad, y responde que ésta ha sido creada por Dios con sabiduría y, por lo tanto, es buena, y que el hombre debe participar de la sabiduría de Dios respetando el orden establecido por él. No busca dar información. La ciencia, por su parte, se pregunta cómo el universo llegó a ser lo que es hoy, y estudia el surgimiento de la materia, de las estrellas, de los planetas, de la vida y, finalmente, del hombre. Busca información, pero no pretende (si es verdadera ciencia) dar respuesta a las grandes cuestiones filosóficas y religiosas.



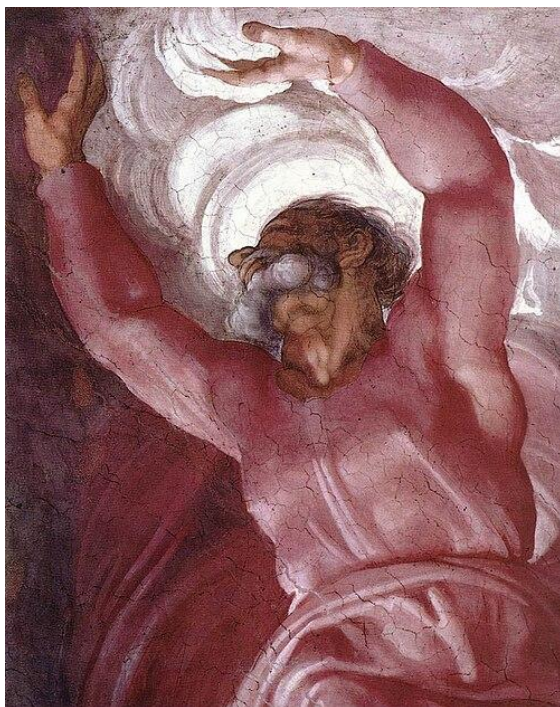
Gustave Doré, *La Creación de la Luz*, (1866)

En la Biblia, lo contrario a la sabiduría no es la ciencia, sino la necedad. El necio puede saber mucha ciencia, pero su necedad consiste en que niega la Verdad, niega a Dios. Así comienza el Salmo 14: “Dice el necio para sí: «no hay Dios»”. El necio busca sustituir la verdad de Dios por una verdad propia, hecha a medida de sus deseos. El resultado, como afirma este mismo salmo, es la “corrupción”, el regreso al caos anterior a la creación. Por eso es tan difícil hablar con un necio: falta el terreno común del deseo de la verdad, sin el cual es imposible la comunicación.

Lo que agrega el prólogo de San Juan, es que la sabiduría creadora y salvadora de Dios no es sólo un atributo suyo, sino que es Alguien, “que estaba junto a Dios y era Dios” (es decir, de la misma dignidad), a quien llama la Palabra (la Sabiduría en cuanto es pronunciada, comunicada por Dios) o el Verbo (como sinónimo de Palabra, acentuando su aspecto dinámico). Esa Palabra brillaba en la Creación, pero los hombres no la conocieron. Vino a su Pueblo,

Israel (cf. 1° Lectura) pero los suyos no la recibieron. Finalmente, “la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”: como insistiremos en los últimos días de Navidad, “lo invisible se hizo visible”, “Dios manifestó su salvación a todos los pueblos” (porque todos pueden, en principio, entenderla, ya que se hizo un ser humano como nosotros).

Por eso Jesucristo, la Palabra hecha carne, nos confronta a la opción más radical de nuestra vida, que no es la opción entre la fe y la ciencia, sino la opción entre la sabiduría y la necedad. Juan la ilustra con la imagen de la luz y las tinieblas, tomada del relato de la Creación. Lo primero que creó Dios fue la luz: “Dios dijo: «Que exista la luz». Y la luz existió. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas; y llamó Día a la luz y Noche a las tinieblas” (Génesis 1, 3-5). Resulta extraño que la luz fuera creada antes que el sol. Pero no es una distracción del autor: apunta a un sentido no sólo material sino espiritual. La Verdad de Dios es el fundamento del Universo. Y Juan lo aplica a la Palabra: “La Palabra es luz para los hombres, pero las tinieblas no la recibieron”. Es el combate entre la luz y las tinieblas, que no son simplemente la falta de luz sino el rechazo de la luz.



Miguel Ángel, *Separación de la luz de la oscuridad*, Capilla Sixtina, 1511

Este Evangelio, entonces, detrás de su apariencia serena e hierática, es un llamado apremiante a que abramos el corazón a la luz de Cristo, y dejemos que disipe las tinieblas de nuestro corazón. En este sentido, la cultura actual, científica y técnica, comporta una especial dificultad. La ciencia ha transformado de muchas maneras nuestro modo de ver la realidad, y corremos el peligro de creer que el conocimiento científico es todo el conocimiento posible, y que no existe nada más allá de la ciencia, y que la ciencia por sí sola puede guiar nuestra vida.

En la medida que caemos en ese error, vamos perdiendo el sentido de la verdad, y sustituyéndolo por nuestro modo de ver las cosas, superficial, utilitario, sin referencia a un bien o mal objetivo. Como afirma Benedicto, esto suele derivar en el relativismo, que podemos considerar como la forma moderna de la necedad.

El comienzo de año es un momento importante, en el cual hacemos proyectos, adoptamos propósitos, y encaramos el desafío de infundir en el tiempo que tenemos por delante orden, bondad, armonía, de un modo análogo a lo que hizo Dios en la creación. Pero recordemos lo dicho anteriormente: antes que cualquier otra cosa Dios creó la luz y la separó de las tinieblas. La luz de la sabiduría debe ser el fundamento de este nuevo año. Al estrenarlo, hagamos una opción por la luz contra las tinieblas, por la verdad contra la mentira, por la sabiduría contra la necedad, hagamos una opción por Jesucristo, “la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros”.

Pbro. Gustavo Irrazábal